



MERCADO CENTRAL DE ABASTOS DE CÁDIZ.

No love, no glory, no hero in her sky

LAURA LÓPEZ ALTARES

Déjame morderte el alma para saber que es sólo mía..." ¿Sabes qué? Si yo tuviera alma te la habría entregado para que pudieras arrancarla de este cuerpo traicionero, para que la hicieras pedazos entre tus largos dedos y así dejara de dolerme... Pero hacía mucho tiempo que había vendido mi alma. A cambio de ser feliz eternamente...

Nunca fui un angelito rubio con los que tú debías soñar de niño, yo siempre fui un ángel negro... Destrozaba todo lo que amaba sólo para no sufrir... Al fin y al cabo yo no tenía alma, podía permitírmelo...

Pero tuviste que llegar tú... ¿Por qué decidiste rescatar a la reina de las tinieblas? ¿Acaso sabías que estabas firmando tu pacto con el diablo? Yo quería estar sola, sola para siempre... Maldito seas. ¿Quieres saber la verdad? Yo te la contaré...

Una vieja canción me golpeaba cada vez que me sentía derrotada: "En la jaula metida, la vida se le iba, y quiso sus fuerzas probar..." *El hombre del piano*. Repetía esa estrofa como un himno, exactamente igual que una letanía, para recordarme que yo era una perfecta perdedora, igual que la heroína que había hecho pedazos al protagonista de mi canción. Tenía todo para ser feliz y sin embargo yo nunca tengo suficiente... Cómo ibas tú a saberlo...

Raquel se levantó en una cama inmensa que no era la suya, vestida con un pequeñísimo camisón que se escurría entre las sábanas de seda (granates, esas que siempre había querido). La luz del sol atravesaba la ventana, desgarrando la soledad de aquella calurosa habitación. Olía a fuego, y la pasión se podía sentir en cada rincón, en cada maldito recoveco de ese cuarto húmedo y mortal... Mario estaba preparando el desayuno. El olor a gofre recién hecho difuminaba el olor a sal, que penetraba por el enorme ventanal del salón... Las paredes, amarillas y blancas, invitaban a perderse en un calor dulce y asfixiante que preludiaba un verano intenso, interminable.



Raquel se levantó de la cama y se asomó por la ventana de la habitación. Al fondo, la bahía de Cádiz se alzaba orgullosa y serena, silencioso testigo de largos siglos de promesas no cumplidas, de sueños tan frágiles que podían hacerse pedazos en cualquier momento... En sus ojos, teñidos de naranja por el fuego y todavía pintados de negro, se reflejaba un dolor salvaje, furioso. Estaba en el único lugar del mundo que podía destrozarla, machacarla. Por eso lo había elegido... Porque allí Mario había sido feliz con Ángela, su primer amor. Nunca la quiso con tanta pasión y jamás la deseó con esa fuerza destructiva y peligrosa con la que amaba a Raquel, pero ella no podía perdonarle que la hubiera amado antes, que la hubiera amado con esa terrible ternura que jamás sintió por ella... Y una lágrima negra apareció en su rostro, tostado por el sol y siempre desafiante. Su eterna guerra. La guerra contra los celos, los gritos, la soledad... la guerra contra sí misma. Mario la odiaba, pero también la quería. Su pelo oscuro, su mirada misteriosa y su carácter protector eran perfectos para alguien como Raquel. Y él la había querido desde siempre. El dolor que la rodeaba, sus curvas imposibles, esa boca...

Era la primera noche que dormían en esa casa. Su casa. Parece mentira que después de todo fueran tan felices. Mario no llevaba camiseta, y su torso descubría heridas de guerra que jamás se cerrarían: los mordiscos, los arañazos... Largas noches de tregua marcaban los meses, los años... Odiándose y amándose sin reservas.

Raquel tenía una larga cicatriz en su brazo izquierdo que cada día la recordaba que algún día tendría que dejar de arder, que algún día debería empezar a crecer y a parar de luchar contra el tiempo...

Un año después, Raquel contemplaba la bahía por la misma ventana, con esa mirada salvaje que sólo ella sabía tornar naranja, naranja fuego. Mario seguía amándola hasta la locura. Y continuaban sus largas tardes de tregua, su ardiente y cotidiana felicidad salpicada de celos, de rencor, de amor profundamente herido...

Porque Mario estaba enfermo de celos. No podía soportar que Raquel siguiera trabajando en aquella discoteca, regalando su sonrisa a todos los hombres que cada fin de semana iban a verla bailar. Cada vez que la daga de los celos se clavaba en su espalda, apretaba fuerte los puños y los golpeaba contra la pared. Cualquier día se destrozaría los nudillos... O haría alguna locura. Pero ella se reía con esa voz profunda y retadora que tanta rabia le daba a Mario. Era su dulce venganza contra la maldita ciudad-refugio de Ángela y Mario. Había conquistado Cádiz y habría conquistado cualquier lugar del mundo, pero jamás lograría conquistar su soledad. Implacable, profunda, envenenada.

El cielo rojo había estallado, ardía en llamas sigiloso y hondo como un presagio, como si aquella tarde se fuera a derramar sangre...

Todo comenzó como una pelea más, como una nueva lucha de poder que probablemente terminaría arreglándose entre aquellas sábanas de seda... Pero las palabras de Mario se clavarían para siempre en el alma de Raquel (si es que no se había fundido ya entre sus deseos y temores): "Nunca he dejado de quererla, tú sólo eres mi capricho..."

"Siempre fui la puta sustituta" -gritó amargamente. Raquel quiso matarle para después morir, para irse de una vez al Infierno. Le dio una bofetada en la mejilla. Una bofetada furiosa y salvaje salpicada de lágrimas orgullosas que no terminaban de caer. Un golpe que le dolió en cada centímetro de su alma. Mario sujetó sus manos contra la pared, pero ella consiguió escapar, desgarrándose las manos. Siempre escapaba... Él se

metió en la ducha para terminar de destrozarse los nudillos, para llorar por esa herida que ya jamás cerraría, para llorar porque en ese instante había firmado el principio del fin. Porque Raquel ya nunca volvería a ser suya, aunque la amaba con cada palmo de su cuerpo...

La cicatriz del brazo le escocía profunda, hirientemente (como cada vez que se sentía desprotegida, vulnerable), pero lo que más le escocía era la voz sensual y sinuosa de Mario recordándola que siempre había tenido razón, que el amor y la vida destrozaban siempre. Y quiso morir. Corrió por las calles estrechas y llenas de vida de la ciudad prohibida saboreando el cálido aroma a sal, buscando refugio en esos rincones que le habían dado toda la felicidad que podía soñar... Las interminables tardes recorriendo el paseo marítimo, las fotos en la playa... Ahora todos aquellos recuerdos le parecían vestigios de un pasado confuso y lejano donde había sido tan feliz que le dolía en lo más profundo del alma. Gritaba en silencio para que Mario corriera a buscarla, para que la abrazara y la dijera que la iba a cuidar siempre... Pero estaba sola con ese ardor interminable que la quemaba en las entrañas. No se había dado cuenta que sus manos sangraban... Sangre turbia que fluía lentamente, rompiendo todo en mil pedazos, dejando una huella salvaje en sus pequeños pantalones, marcando a fuego lento el nombre de Mario junto al de Ángela...

Y entonces apareció Él... Esa mirada que la atormentaría por los siglos de los siglos... "No love, no glory, no hero in her sky...." Raquel recordaba esa frase como un credo. Desde que escuchó aquella canción hiriente y desgarrada (de la banda sonora de *Closer*) supo que ni la gloria ni los héroes existirían en su cielo, en ese cielo que estallaba cada segundo...

Y, sin embargo, por volver a ver esos ojos hubiera entregado hasta su último aliento. Su mirada gris-azul fría y derrotada se cruzó un solo instante con la mirada furiosa y ardiente de Raquel. Un solo segundo había bastado para abrir una herida muy profunda, demasiado profunda incluso para Ella.

Recordaba aquellos ojos, y las manos largas y perfectas de su propietario. La primera vez que lo vio ni siquiera reparó en lo profundo y doloroso de aquella mirada.

Era su cumpleaños. Una tarde de primavera húmeda y caliente. Mario y Raquel caminaban por el Mercado Central para hacer las compras de última hora. Mario siempre agarraba a Raquel muy fuerte, con ese temor mortal que le habría hecho jurar que ella podía escaparse en cualquier momento... Pero entonces, lo último que Raquel habría querido era soltar aquella mano. Tenía hambre. O mejor dicho, un capricho. A Raquel le apetecía una manzana roja de esas que al morder sonaban como la leña al quemarse. Agarró a Mario del brazo y lo llevó corriendo al puesto de la fruta. Cuando ella le miraba así, Mario le hubiera dado hasta su vida si se lo hubiese pedido. A veces era como una niña pequeña que pedía a gritos que ese héroe del que renegaba viniera corriendo a rescatarla. Y al ver esa sonrisa, Mario olvidaba todo lo demás. Y le regalaba una

nueva victoria a la reina de las perdedoras, su reina.

Raquel cogió la manzana más roja y jugosa... Pero un brazo firme y curtido agarró su muñeca y le dio otra manzana aún más tentadora. Los ojos de aquel hombre guardaban los secretos de antiguas tempestades y viejos naufragios. Eran azules y a la vez grises, fríos y traidores... Raquel sintió un golpe repentino, una sensación mezcla de calor y dolor... Y Mario dijo, mitad celoso mitad divertido: "¿Has visto cómo te ha mirado? No te la comas, a ver si va a estar envenenada..." Será celoso... Raquel le miró sonriendo y mordió mucho más de lo que podía masticar. ¿Y si estaba envenenada? Olvidaría esos ojos. Claro que lo haría. Los borraría para siempre.

Pero aquella tarde el Destino la había tendido una trampa mortal. Esos ojos resurgieron del olvido y comprobó que aquellos largos dedos seguían siendo la culminación de





unos brazos perfectos. Podía haberla agarrado y habérsela llevado a ese mundo de misterios y tempestades que custodiaban sus ojos de hielo. Pero no, sólo sonrió, y la disparó sin piedad con su mirada helada. Qué demonios, ¿quién necesitaba piedad?

Raquel nunca sentía miedo, sabía que su peor enemigo era ella misma... Pero esos ojos habían desgarrado su jaula dorada. Habían borrado la sonrisa perfecta de Ángela y hasta la voz sinuosa de Mario susurrándole al oído que siempre la amaría.

La incertidumbre se había apoderado de ella. Sólo el héroe de su canción podía mirarla hasta desarmarla. Sólo Él podría haber sido capaz de vencerla a ella: Él...

Raquel corrió hasta la playa, perdida y desesperada, vagando entre el miedo y la

incertidumbre. Necesitaba contemplar (aunque fuera por última vez) ese mar sereno e impenetrable y a la vez repleto de tormentas y tempestades para recordarse a sí misma que no existía en este mundo nadie capaz de rescatarla de su soledad. Porque había hecho un pacto a cambio de ser feliz. Sellado con su vida.

La playa le estaba pidiendo a gritos que se lanzara a sus brazos, que se hundiera muy dentro para no poder regresar jamás. Y ella esquivaba aquel sonido agonizante de sus olas, aquel grito desesperado que en realidad se parecía al sonido derrotado y sinuoso de su voz. Y huía. Apartaba su mirada de aquel horizonte envenenado para que no pudiera hechizarla, para seguir siendo libre, para seguir estando sola... Pero ese mar le empujaba, le arrastraba lentamente a aquel lugar del que aún nadie ha escapado... Y seguía huyendo. Quería estar sola. Sola para siempre. Mario juró que la amaría toda la vida, y sin embargo la había traicionado, la había dejado sola y tan desesperada... No quería más mentiras. Aquella melodía maldita se le había clavado muy dentro. Ya era parte de ella... La brisa húmeda y caliente le enredaba el pelo, le enredaba el alma. Sí, le había elegido a ella. Y luchaba contra el Destino. Arrancaba puñados de arena esperando arrancar aquel sonido salvaje de su cabeza ("no hero in her sky..."). Y se acordaba de aquella noche, cuando vendió su alma a cambio de estar sola eternamente... Y entonces las lágrimas destrozaron la dureza de su rostro. Había sucumbido al encanto de aquella suave melodía...

Se giró un solo instante y vio la silueta de Mario recortada sobre el cielo rojo. La abrazó muy fuerte, intentando exhalar el último suspiro de amor que quedaba dentro de Raquel. Y a pesar de todo ella le amaba, sabía que Ángela era la excusa perfecta para mantener su pacto inmortal, para mantener intacta su alma, para protegerse del amor... Cómo odiaba esa palabra. Cómo odiaba las historias de princesas. Cómo odiaba tener la certeza absoluta de que ella jamás sería una princesa como esas de Disney (Ángela siempre lo fue). La única princesa a la que se parecía era Megara: la más sexy, la más lista, la menos buena... Y sin alma. Justo como ella.

Se la había vendido a Hades por culpa de un amor traicionero. Sí, ella era Megara... Pero su pacto con el diablo había resultado ser un fracaso estrepitoso. Ni siquiera podía ser Megara. Entonces decidió ser la bruja de Blancanieves (con manzana envenenada y todo) y adormilar a Ángela para que el estúpido del príncipe fuera a rescatarla y la dejara en paz de una vez, reinando en su eterna oscuridad.

Pero era el príncipe el que había mordido la manzana...

Aquella noche interminable Mario y Raquel se aferraron al recuerdo de ese pasado donde habían sido tan felices, se dejaron arrastrar por el calor y el hechizo de la ciudad prohibida, la ciudad-refugio de Ángela y Mario. Cómo odiaba quererle así, cómo odiaba no poder creerle, cómo odiaba ser autodestructiva, celosa patológica, cómo odiaba la fría certeza de que esa sería la última noche que amaría al maldito príncipe...

Raquel se levantó en una cama inmensa que ahora sí era la suya, vestida con un pequeñísimo camisón que se escurría entre las sábanas de seda (granates, esas que siempre había querido). La luz del sol atravesaba la ventana, desgarrando la soledad de aquella calurosa habitación. Olía a fuego, y la pasión se podía sentir en cada rincón, en cada maldito recoveco de ese cuarto húmedo y mortal... Mario estaba preparando el desayuno. El olor a gofre recién hecho difuminaba el olor a sal, que penetraba por el enorme ventanal del salón... Las paredes, amarillas y blancas, invitaban a perderse en un calor dulce y asfixiante que preludiaba otro verano intenso, interminable.

Raquel se levantó de la cama y se asomó por la ventana de la habitación. Aquel lugar ya no le parecía el

mismo después de anoche. En sus ojos, teñidos de naranja por el fuego, aparecían las mismas tormentas y tempestades que Él había decidido mostrarle en la tarde más triste de su vida.

Ya no tenía nada a lo que aferrarse, nada. Ángela era sólo un fantasma, de ahora en adelante, la perfecta sustituta para cuando Raquel huyese... La chica mala había ganado la partida. Y había dejado KO a Blancanieves. Mario ya no podía recordar a Ángela... Una parte de su amor se había muerto con ella. Ya no tenía escudo, ya no podía recurrir a aquel fantasma... Cádiz ya nunca sería la misma ciudad prohibida si Ángela no estaba allí... Aferrarse a ella era una forma de sentirse vulnerable, de tener que protegerse a toda costa. Ya no había peligro ni riesgo junto a Mario, porque el peligro era Él...

Bajó al mercado y decidió enfrentarse a aquella mirada. Hubieran pasado cien años y hubiera recordado perfectamente su sonrisa tímida, sus ojos grises que quemaban como el hielo, sus dedos largos y su pelo negro... Caminaba sola por las calles de la ciudad dormida y escuchaba la canción de *Closer* en su cabeza, como si fuera la banda sonora de su vida... Se sentía invencible, y a la vez tan vulnerable...

Él la miró como sólo Él podía hacerlo... Entre todas esas fresas, cerezas y manzanas rojas, sus ojos centelleaban en silencio.

¿Cuántas guerras habría perdido en aquella solitaria trinchera? ¿Cuántas princesas con una vida perfecta y una casa también perfecta habrían pasado por su vida? Le atormentaba profundamente...

Cada día regresaba a aquel mercado para asegurarse de que esos ojos sólo podían mirarla así a ella...

Pero Raquel sentía un vacío insoportable. Junto a Mario todo eran pedazos de una historia forjada años atrás, cuando su amor era imposible, casi prohibido, cuando la química entre ambos podía sentirse, casi palparse. Recordaba perfectamente el olor de aquella primavera, de todas las malditas primaveras desde entonces. Esos pequeños detalles la reconfortaban, pero a la vez trazaban un profundo abismo de dudas y temores. Recordar aquellos ojos la hacía sentir viva, más viva que nunca en toda su vida. Fundirse en ese abismo de hielo y tempestad que sin duda alguna sería su condena era su único consuelo.

Cuando Mario la acompañaba al mercado, podía sentir que el hielo de aquellos ojos se convertía en fuego. A Él también le atormentaban los naufragios de aquella mujer misteriosa, los combates que había librado, los soldados que había vencido, las lágrimas que derramaba en silencio...

Una tarde de primavera, Raquel bajó al mercado a por una manzana roja. A veces pensaba que ojalá tuvieran veneno esas manzanas, que ojalá de alguna forma pudieran llevarla al verano de 2000, al verano de 2005, a algún lugar donde pudiera sentirse protegida, a algún lugar donde Mario volviera a ser su Mario y donde Él no estuviera cerca... O donde Él estuviera siempre.

Aquella tarde fue la última vez que vio aquellos ojos gris-azules, la última vez en la vida que sentiría ese calor asfixiante en el estómago, la última vez que la ciudad prohibida ampararía su triunfo y su derrota. Mientras daba el primer mordisco a la mejor manzana del mercado, Raquel notó el cálido tacto de aquellos largos dedos, la caricia de una mano tímida pero firme que rozaba su mano izquierda (entonces la cicatriz comenzó a quemarla y supo que una nueva sombra se cernía sobre el horizonte). Él le había escrito una nota urgente y desesperada, una condena, su declaración de a-m-o-r (la certeza de que esos ojos sólo podían mirarla así a ella...), su sentencia de muerte.

"Déjame morderte el alma para saber que es sólo mía..." Pero yo no tengo alma. La enterré para siempre mucho antes de que tú llegaras. Cómo ibas a saber que te abandonaría en el mismo instante en que supe que no eras una ni pasado ni presente sino mi vida, mi futuro. Y yo no quería crecer. Quería seguir aferrada a





Mario y a su infierno de dulces recuerdos, a ese pedacito de infierno que resbalaba entre sus dedos cada vez que me acariciaba. Hasta que empezó a dolerme cada mirada, cada gesto, cada beso furioso que ponía fin a una nueva guerra entre nosotros. Esa pasión iba a matarme así que le dejé ir. El estúpido del príncipe (ese que me iba a amar siempre) corrió a rescatar a Blancanieves y se instalaron en una casa perfecta con una perfecta vida de mentiras.

Yo estoy sola, dando un mordisco a la mejor manzana que he encontrado mientras claudico... Te odio porque te quiero, te odio porque ni siquiera puedo odiarte. Siempre voy a quererte, a esa mirada perdida entre los restos de tu naufragio ¿Sabes qué? Si yo tuviera alma te la habría entregado para que pudieras arrancarla de este cuerpo traicionero, para que la hicieras pedazos entre tus largos dedos y así dejara de dolerme... Pero yo..., ¿sabes qué? Trato hecho.

LAURA LÓPEZ ALTARES
Estudiante de Periodismo

MERCADO CENTRAL DE ABASTOS DE CÁDIZ

El Mercado Central de Abastos de Cádiz está situado en la Plaza de La Libertad, ocupando una parcela rectangular de 6.400 m², con una construcción en planta de 5.860 m². La construcción procede de 1837 en base a los planos diseñados por el arquitecto Juan Daura, para su edificación en la Huerta del Convento de los Franciscanos Descalzos.

En su interior, un gran volumen central y exento se eleva dando forma al interior del Mercado. Sobre estos volúmenes se eleva, para poder introducir luz natural al interior, la crujía central que une los dos cuerpos diferenciados en planta. Las fachadas del edificio son un buen reflejo de la arquitectura típica de mercados andaluces, definiendo zócalos y pilastras, casetones y cerrajería, así como cornisas y petos, gárgolas y adornos que le confieren un carácter exclusivo y preciosista.

En definitiva, una pieza arquitectónica digna de recuperar, que requiere una rehabilitación física y comercial para seguir dando servicio a la ciudad. Con este objetivo, Mercasa realizó hace unos años un estudio de viabilidad, por encargo del Ayuntamiento de Cádiz, pendiente aún de llevarse a cabo.

